

La desaparición de Ortega

Ortega canceló al menos tres compromisos oficiales, sin que su gobierno brindara ninguna explicación coherente.

[Sofía Montenegro](#) @Montesof | 5/3/2014



En comunicación, el rumor se define como una proposición creíble sin medios de prueba segura para demostrarla, pero en el cual se cumplen dos condiciones: que sea un asunto de mucha importancia y que exista ambigüedad informativa y pueda expresar tanto deseos como ansiedades y miedos. En el caso de los rumores causados por la desaparición durante diez días de la agenda pública de quien detenta el poder en Nicaragua, estas condiciones se cumplen plenamente, puesto que es cierto que es un hombre mayor, su condición de salud es una incógnita mayúscula y que se sepa, todavía no es inmortal. El resto ha sido obra y gracia de la política de incomunicación y secretismo oficial que maneja su consorte y su modelo de “verdad absoluta e incontaminada” con la que se niega la obligación del gobierno de informar a la ciudadanía y el rol mediador de la prensa nacional.

Ortega canceló al menos tres compromisos oficiales, sin que su gobierno brindara ninguna explicación coherente. Suspendió la visita de su aliado el presidente de Ecuador, Rafael Correa, que había planificada con ocho meses de anticipación y fueron los propios ecuatorianos quienes atribuyeron la causa a un problema de “política interna nicaragüense”. Canceló su participación protagónica en el acto por el 34 aniversario de los héroes de los Sabogales, incluido su hermano Camilo Ortega Saavedra. Y no menos importante, suspendió el lunes pasado, los encuentros que tenía programados con representantes del gran capital nicaragüense.



Foto: Rosario Murillo junto a Daniel Ortega en un acto oficial. Archivo/Confidencial

En cualquier país medianamente institucionalizado, existe no solo un record de la agenda pública presidencial, sino además un registro público de la salud del mandatario y se informa debidamente, sea de una emergencia o de cualquier intervención médica a la que deba someterse, activando un protocolo para la continuidad del gobierno durante su ausencia. Doña Violeta Barrios, cuando se le detectó un probable tumor en 1996 hizo público a través de un comunicado su estado de salud y la necesidad de viajar al exterior para someterse a una operación, que después resultó sin mayores consecuencias, y pudo reasumir y concluir el período de su presidencia.

El asunto de la enfermedad de alguien deja de ser un asunto privado cuando se ejerce el poder, tal y como lo hizo Hugo Chávez en su momento, que al menos tuvo la honradez y el coraje de explicar a los venezolanos que estaba muy enfermo. Bien pudo Rosario Murillo explicar las causas de la cancelación de la agenda presidencial, desmentir el rumor o informar que Ortega se encontraba ausente por razones de tratamiento médico, pero no lo hizo. El silencio de la consorte y de todas las fuentes consultadas que ni negaron ni confirmaron el rumor, dio lugar a que justificadamente se hicieran conjeturas, sobre la base de observaciones o de analizar indicios. Se trata entonces de una afirmación que, al no haber sido probada pero tampoco refutada, se concibe como cierta, manejándose como una hipótesis.

Es lo que hizo la prensa internacional, exponiendo las preguntas legítimas que los ciudadanos publicaban en las redes sociales, mientras la prensa nacional se empeñó hasta el último momento en esperar una confirmación oficial, poniendo en evidencia las incongruencias de su discurso. Los medios oficialistas no sólo no se atrevieron a preguntar ni a conjeturar, sino que guardaron un silencio sumiso y ahora que Ortega ha hecho su aparición pública, exigen “disculpas” o citan proverbios bíblicos sobre la prudencia de callar y condenan la discusión abierta del asunto en las redes sociales. No se les ocurre exigir información a la patrona de sus medios.

Pasan por alto que el hecho de que las conjeturas se extendieran tan rápidamente, tiene que ver con una preocupación de fondo que afecta a todos los nicaragüenses y al orteguismo en particular: la sucesión en el poder. Dada la falta de institucionalidad, la falsificación de la Constitución y la concentración de poder en Rosario Murillo, no está claro que sea el vicepresidente que asuma en ausencia de Ortega y es la eventual pugna por el poder lo que preocupa y crea zozobra en la sociedad, no los medios o periodistas. La desaparición de Ortega dio pie a la discusión de diversas hipótesis sobre los escenarios que se presentarían en el país una vez que esta ocurra de forma definitiva. En ese sentido ha servido de ensayo y alerta.

Con este caso, uno no puede dejar de acordarse de aquella novela del Otoño del Patriarca de Gabriel García Márquez, que relata la vida de un dictador que muere viejísimo y llega a conservar el poder durante más de cien años (Ortega amenazó con llegar a los 90) y la historia de su doble, Patricio Aragonés, que muere en un atentado en su lugar. Aragonés es protagonista de su falsa muerte, que le permite al taimado dictador ver la reacción de la gente:

“Para que al amanecer del día siguiente las barrenderas de la casa encontraran el cuerpo como lo encontraron tirado bocabajo en el suelo de la oficina, muerto por primera vez de falsa muerte natural durante el sueño con el uniforme de lienzo sin insignias, las polainas, la espuela de oro, y el brazo derecho doblado bajo la cabeza para que le

serviera de almohada. Tampoco aquella vez se divulgó la noticia de inmediato, al contrario de lo que él esperaba, sino que transcurrieron muchas horas de prudencia, de averiguaciones sigilosas, de componendas secretas entre los herederos del régimen que trataban de ganar tiempo desmintiendo el rumor de la muerte con toda clase de versiones contrarias (...) mientras él se preguntaba confundido en su escondite qué ha pasado en el mundo que nada se alteraba con la patraña de su muerte, cómo es que ha salido el solo y había vuelto a salir sin tropezar, por qué este aire de domingo, madre, por qué el mismo calor sin mí, se preguntaba asombrado, cuando sonó un cañonazo intempestivo en la fortaleza del puerto y empezaron los dobles de las campanas maestras de la catedral y subió hasta la casa civil la tropelina de las muchedumbres que se alzaban del marasmo secular con la noticia más grande del mundo, y entonces entreabrió la puerta del dormitorio y se asomó a la sala de audiencias y se vio a sí mismo en cámara ardiente más muerto y ornamentado que todos los papas muertos de la cristiandad, herido por el horror y la vergüenza de su propio cuerpo de macho militar acostado entre las flores, la cara lívida de polvo, los labios pintados, las duras manos de señorita impávida sobre el pectoral blindado de medallas de guerra, el fragoroso uniforme de gala con los diez soles crepusculares de general del universo que alguien le había inventado después de la muerte, el sable de rey de la baraja que no había usado jamás, las polainas de charol con dos espuelas de oro, la vasta parafernalia del poder y las lúgubres glorias marciales reducidas a su tamaño humano de maricón yacente, carajo, no puede ser que ése soy yo, se dijo enfurecido, no es justo, carajo, se dijo, contemplando el cortejo que desfilaba en torno de su cadáver, y por un instante olvidó los propósitos turbios de la farsa y se sintió ultrajado y disminuido por la inclemencia de la muerte ante la majestad del poder, vio la vida sin él, vio con una cierta compasión cómo eran los hombres desamparados de su autoridad, vio con una inquietud recóndita a los que sólo habían venido por descifrar el enigma de sí en verdad era él o no era él...”

Ni que decir que después masacra a todos sus fieles generales, servidores y opositores que celebraron su falsa partida. Algo que puede explicar la “prudencia” en las filas del oficialismo. El extracto de la novela de Gabo tiene por otra parte, una extraña resonancia para Chávez, muerto prematuramente y nombrado por sus sucesores como Comandante Galáctico, que ya cumple un año de su “tránsito a la inmortalidad”. Cuando esté en la Caracas, incendiada y trancada, en la cual se rinde homenaje a Chávez recuerde la pareja aquello de *Sic transit gloria mundi*.